

LIBRO JUBILAR  
EN HOMENAJE AL PROFESOR  
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE



**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE  
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA



**LIBRO JUBILAR  
EN HOMENAJE AL PROFESOR  
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante  
03690 Sant Vicent del Raspeig  
publicaciones@ua.es  
<http://publicaciones.ua.es>  
Teléfono: 965 903 480  
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016

© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3  
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:  
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:  
Clotilde Esclapez Selva



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# MAGNÍFICO RECTOR MAGNÍFICO

Javier Boix Reig\*

Antonio Gil Olcina es un Magnífico Rector Magnífico. Estas palabras se dijeron con motivo de una multitudinaria cena homenaje que se celebró en la primavera de 1985 tras su dimisión como Rector, en la que, desbordando el aforo del restaurante, acudió la más amplia representación de la sociedad alicantina y del ámbito académico.

El nombramiento de Rector Honorario de la Universidad de Alicante y el mencionado homenaje jalonaron una etapa inolvidable de nuestra Universidad, dirigida de modo inmejorable por Antonio Gil Olcina.

Cuando me incorporé a la Universidad de Alicante en octubre de 1982 me encontré con una joven universidad, nacida al amparo de una sociedad y de unas instituciones totalmente volcadas en su futuro. En ello Antonio puso especial interés, pues comprendió que el desarrollo de la institución dependía en gran medida de ese apoyo. Era impresionante comprobar como todas las instituciones estaban siempre detrás de cualquier iniciativa académica y cómo Antonio se empeñaba en dar sentido a todo ello.

Nunca he visto semejante conjunción entre universidades y sociedad, lo que permitió un desarrollo trascendental de la entidad, lo que ha permitido posteriores avances que sitúan a la Universidad de Alicante como un ejemplo a seguir en estos momentos, en los que la proliferación, por no decir masificación, de universidades y centros académicos, por así decirlo, han deteriorado -en algunos casos- la auténtica función de la universidad y su razón de ser. Desde luego no es el caso de la Universidad de Alicante. La situación actual, en la que abunda el nacimiento de centros privados, me permite recordar aquella expresión, tan significativa en Antonio: ¡que dislate!

Fue impresionante comprobar cómo se volcó la sociedad alicantina en aquella asombrosa manifestación por las calle de Alicante, apoyando a la Universidad, cuando no era considerada por las autoridades ministeriales

---

\* Catedrático de Derecho Penal, Vicerrector de Ordenación Académica (1984-1985) y Rector en funciones de la Universidad de Alicante (1985).

con los necesarios criterios de equidad por lo que se refería a la dotación de plazas con la necesaria financiación. Nunca más he vuelto a ver una cosa así. Por su parte los alumnos acordaron una huelga general, por igual motivo. Recuerdo que asistí, como Vicerrector, a una asamblea de alumnos, a petición de los mismos, para dar explicaciones de la situación. El comportamiento y sentido de la responsabilidad de los alumnos es digno de destacar. Todo este apoyo, de la sociedad, de los alumnos, etc., lo era al futuro de la Universidad, en definitiva a la propia gestión de Antonio Gil Olcina. Lo que sucedió es inolvidable y permite seguir creyendo en la Universidad pública como servicio a la sociedad en el desarrollo del conocimiento y en la formación universitaria, en su auténtico sentido, de los ciudadanos.

A la gestión del Rector Gil Olcina me he referido. Es necesario recordarla, pues su labor fue incansable, mañana y tarde, durante el curso y en verano. Pero no solo fue tenaz, sino acertada. Gracias a ello se produjo una expansión importante del campus y la llegada de profesores atraídos, incluso por la llamada de Antonio, por el proyecto que se estaba realizando.

Con motivo de las elecciones democráticas a Rector de la Universidad, Antonio encabezó un equipo rectoral en el que participé como Vicerrector de Ordenación Académica. Mi agradecimiento sigue siendo total. Confío en un joven e inexperto profesor y pude aprender de él lo que no está escrito. El grupo llamado por Antonio se formó también con Francisco Rodríguez -Vicerrector de Investigación-, Enrique Giménez -Vicerrector de Extensión Universitaria-, Juan José Bayona -Vicerrector de Asuntos Económicos-, Julio Santos -Vicerrector de Escuelas Universitarias-, Francisco López Torruella -Secretario General-, y Carmen Viqueira -Vicesecretaria General-. El talante de Antonio era tal, como gran universitario, que integró en un equipo a personas muy diferentes, no solo en lo personal sino también en lo ideológico. Éramos profesores sobre los que terceros podían percibir muy diferentes planteamientos, pero a los que nos unía el sentido universitario y la ilusión de apoyar el buen desarrollo de nuestra universidad **pública**, sabiendo que nos coordinaba y dirigía Antonio. Nunca echó atrás una iniciativa de cualquiera de nosotros. Todo lo apoyó, dándole sentido académico y de trascendencia acorde con la razón de ser y función propia de una universidad en el pleno sentido de la palabra.

Antonio Gil Olcina era riguroso, y acertado, en la gestión. Siempre con el apoyo de Fantina Sansano -Gerente- que aportaba la minuciosidad en su labor, a veces callada. En aquellos tiempos, la dedicación a la universidad de todo el equipo, y más del rector, no solo era completa -como ahora se diría- sino exhaustiva, como antes he señalado incluso en plena época estival. Recuerdo a Pablo conduciendo el coche incluso en algunos días de agosto. Y la gestión la desarrollaba nuestro Rector con absoluta **austeridad**. Desde luego no había tarjetas de crédito a disposición del equipo rectoral,

ni teléfonos. El gasto tenía un control al límite. Todos recordamos cómo en las muy limitadas comidas oficiales (la de apertura de curso y no se si alguna más), incluso nuestro Rector llevaba personalmente el vino. Menos gasto para la Universidad.

Me quedó grabado el criterio de Antonio cuando se suprimió la intervención previa a ejecutarse el gasto, tan denostada en ámbitos profesoriales. La intervención sería, en su caso, *ex post*. Pensó que era... ¡un dislate! El tiempo opino que le ha dado la razón. Sin duda que podía agilizarse la tramitación de la previa intervención, pero no dejaba de ser ingenuo pensar en la absoluta responsabilidad de toda la comunidad universitaria en este ámbito, bajo el pretexto de la autonomía y responsabilidad en el uso de los fondos públicos. El gasto corriente debe ser controlado en debida forma, el gasto corriente no puede convertirse en una partida que dañe al presupuesto.

El sentido universitario pleno le llevó a nuestro Rector a dimitir. Había pasado una época dura con motivo de la ya aludida difícil situación por la que pasó nuestra Universidad con motivo del indebido trato financiero (plazas) que se le dispensaba. La situación era tensa y la gota que colmó el vaso fue la falta de consideración que percibió Antonio cuando fue nombrada una autoridad, prevista en la Ley de Reforma Universitaria, para la Universidad de Alicante. El Rector no fue debidamente oído y Antonio percibió que hubo tal desconsideración que en términos de respeto institucional le obligaba a dimitir, no ya por prurito personal sino por lo que ello representaba para la propia institución académica, en términos de auténtica autonomía en el cumplimiento de sus fines y razón de ser. Le intentamos convencer para que continuara y no pudo ser; su sentido universitario le impedía reconsiderar su postura. Momento antes de presentar su renuncia algunos miembros de su equipo le pedimos que nos cesara -pues nos había nombrado él- dado que entendíamos que no podíamos continuar. No quiso cesarnos, y nos pidió que continuáramos, como único remedio, en la situación creada, para mantener la autonomía universitaria y continuar una gestión que no quería que se dilapidara. No sé si Antonio fue en ese momento demasiado optimista sobre lo que su equipo, sin él, podía hacer, o tal vez fue demasiado generoso. La realidad fue que Antonio dimitió y su equipo continuó intentando llevar la gestión de la Universidad bajo idénticas pautas.

De esta manera, nos encontramos siempre con Antonio en su despacho de la Facultad de Filosofía y Letras atento a todo consejo que se le solicitara, con la necesidad de abordar una situación compleja, desarrollando la aplicación de la reciente ley universitaria. Se inauguró el nuevo edificio de la Facultad de Derecho -que Antonio había dejado a punto-, hubo que aprobar los nuevos Estatutos de la Universidad, cuya Comisión redactora presidió,

con su habitual buen hacer, el Decano de Derecho José Luis Iglesias. Sobre la elaboración y aprobación de estos Estatutos hay muchas anécdotas que contar, pero mejor en otro momento. Se eligió el Claustro y finalmente se convocaron elecciones a Rector. Naturalmente esto llevó tiempo. Desde el 27 de febrero de 1985 -fecha de la dimisión de Antonio Gil- hasta el 10 de enero de 1986 -fecha de cese del equipo rectoral, al ser nombrado nuevo Rector-. Parecía que algunos de los miembros de su **equipo rectoral**, concurriríamos a estas elecciones. Muchos fueron los que animaron a ello, el apoyo era bastante generalizado, llegando a diseñarse un equipo rectoral al efecto. Finalmente no se hizo. Un día, al atardecer, Enrique Giménez y yo paseando por la Explanada hablamos en profundidad sobre el tema y decidimos no presentarnos. De Enrique mejor no hablar, pues de su desbordante humanidad puede dar fe cualquiera. Ese día tuvimos clara nuestra decisión, y se lo dijimos a Antonio.

En ese momento acabó una trayectoria que iniciamos un grupo de profesores con Antonio Gil Olcina. De él aprendimos muchas cosas. Conocimos a una persona que dio **todo** por su Universidad, la de Alicante. Gran persona, espléndido profesor, exquisito Rector, un Magnífico Rector Magnífico.